

## EN HOMENAJE AL DR. CRISTOBAL L. MENDOZA

### LA TRAYECTORIA DE UN SIMBOLO

Por LUCAS G. CASTILLO LARA

#### *Patriarca Académico y Doctor de Maestros*

No por méritos propios, difíciles de encontrar en mi persona, sino por el hecho elemental y simple de ser el más nuevo en esta Corporación, me ha correspondido el alto honor de expresar el sentir de la Academia Nacional de la Historia, en este homenaje al que hasta ayer no más fuera el más antiguo de sus Académicos, el Decano Venerable de la Institución. Homenaje que, en este caso del doctor Cristóbal L. Mendoza, no es un primario deber de solidaridad corporativa para su honorable memoria, sino expresión unánime y fervorosa de la admiración, el cariño y el respeto que todos los Académicos sentimos por nuestro extinto Decano.

De manos de familiares y amigos, y en el símbolo egregio de su figura plasmada en este lienzo, regresa hoy el doctor Cristóbal L. Mendoza a su amada casona académica.

En esa breve pausa dolorosa entre su última presencia viva en el claustro académico y este volver en la plasticidad de su imagen, no ha habido paréntesis de ausencia, ni solución de continuidad, porque su separación física ha estado colmada con su permanente asistencia espiritual.

Me enorgullece la honra de dar la bienvenida al doctor Cristóbal L. Mendoza, en este reencuentro con su casa solariega y con la gente de su entrañable amistad. No puedo ofrecerle lo que es suyo por derecho propio, por eso me permito decirle, pase adelante doctor Mendoza que como todos los días el portón de su casa está abierto y aquí dentro su gente lo está esperando.

Hace apenas cuatro meses la Corporación se preparaba jubilosa a celebrar el Cincuentenario Académico del doctor Mendoza, pero la fiesta se transformó en llanto. Hoy, todavía con un color de duelo en las palabras, nos corresponde colocar su retrato en el Salón Académico, en merecida exaltación consagratoria. Y nada más justo que comenzar por ese honor cincuentenario.

Cincuenta años en la existencia de cualquier persona es sazón plena de cosechas, pero cincuenta años de la vida de un hombre dedicados a una institución, y de uno que tuvo las ejecutorias ejemplares de un doctor Mendoza, fueron la consagración paradigmática del hombre-institución. Al transcurrir de los años hubo

una consustanciación estrecha del hombre y la persona moral, hasta hacerse cada uno parte inseparable del otro ser, del cual recibió y al cual entregó el sello de su impronta.

A la calidad enaltecida de su ser institucional, como acertadamente lo calificara el Académico Ramón J. Velásquez, aunó el doctor Mendoza las categorías intrínsecas de su propia personalidad, el ejercicio continuado de sus nobles virtudes, que le dieron esa condición de Patriarca Académico y Ductor de Maestros. Por eso, el sólo nombrar al doctor Cristóbal L. Mendoza en esta Academia, sin más adjetivos, ya era de por sí, y seguirá siendo, un elogio.

### *Guardián de la llama viva de su lámpara*

Por su carácter, por su formación y disciplina, por su misma tradición familiar, el doctor Mendoza hizo una religión del cumplimiento del deber. “Una vida ajustada al deber”, como lo conceptuaban hace cincuenta años Francisco González Guinan, Vicente Dávila y Vicente Lecuna, sus tres padrinos proponentes a su ingreso en la Academia.<sup>1</sup> Y el deber para él no fue sólo lo que estaba escrito en la norma, lo que se satisfacía con una fórmula ritual. Era fundamentalmente su entrega devocionada a un ideal, al cual se daba íntegro, acción y pensamiento, corazón y vida. Así cumplió su deber en la Academia Nacional de la Historia. Precisamente porque era su ideal, su bandera, el cauce dignificante a su pensamiento y la expresión exacta de su sentir. Valga la comparación, casi un traje a la medida para su selecto espíritu.

En el Cincuentenario de la fundación de la Academia, hace casi cuarenta años, el doctor Mendoza con palabra emocionada, trasunto fiel de su sentir, la designaba en su elogio: “blasón a la par que escudo, una enseñanza a la vez que un estímulo, una esperanza al mismo tiempo que un reproche”. Y agregaba sobre sus realizaciones: “Con el pensamiento siempre puesto en la patria, en sus grande hombres, en sus hechos dignos y loables, la Academia puede enorgullecerse de una obra ejemplar. Sus certámenes, sus conmemoraciones, sus sesiones públicas y solemnes, han sido una escuela fecunda y aun su cotidiana labor silenciosa de estudio, de investigación y de análisis, ha sido como una lámpara jamás apagada, a pesar de esos vientos huracanados que en ocasiones ha puesto en peligro mortal hasta las raíces mismas de nuestra fe en el triunfo irrevocable de la patria”.<sup>2</sup>

A esta alta misión académica de escuela fecunda, de labor de investigación y análisis, casi de guardián de la llama viva de su lámpara, dedicó el doctor Mendoza cincuenta años de su vida. La Institución, a la vez, adquirió de él, a través de su obra, su palabra y su ejemplo, acopios invalorable de prudencia y sensatez, de generoso desinterés y ponderación juiciosa, junto al depurado acervo de su abundante producción intelectual.

En un país como el nuestro, asatado de tantas urgencias, adquiere relevancia de primer orden la formación y pervivencia del alma nacional a través de su devenir histórico. El doctor Mendoza comprendió en su profunda significación esa misión de la Academia. Guardar. Construir. Laborar. Orientar. Vigilar para que la

1 Archivo de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra “Q”.

2 Boletín de la Academia Nacional de la Historia N° 84. Pág. 327.

conciencia nacional no dejara de mirarse en el espejo de su propia identidad histórica. El demostró que la Academia no es un refugio para premiar merecidas honrras, ni santuario cerrado para guardar sabios pensamientos, ni un deambular por los jardines de Academo en infructuosos soliloquios. Con su vida académica ejemplar, él testimonió que ser académico es ante todo un construir, un proyectar, un dar sin cansarse nunca en la entrega y sin desmayar en la edificación.

### *La fecunda labor institucional*

Al rever la actividad institucional del doctor Cristóbal L. Mendoza desde esa cumbre de sus cincuenta años de académico —único en cumplir esta etapa— no puede uno menos de admirar su labor cumplida en pro de la Institución. Al lado de su obra intelectual vasta y densa, su servicio íntegro, su constancia ejemplar, su abnegada dedicación y la contracción a un deber. Más allá de las normales obligaciones de un académico, se levantaba la firmeza de su rectoría espiritual que marcó limpios rumbos a las ejecutorias académicas. Cuatro años de Secretario, cuatro de Vice-director y veinte años de Director de la Academia Nacional de la Historia, representaron una ductoría indiscutible en la Corporación. Pues si bien la Institución se rige por elementales principios de democracia electiva, supo también dar primacía a la autenticidad de unos elevados merecimientos.

Bien decía el académico Felice Cardot, en anterior homenaje de la Corporación al doctor Mendoza, que éste “ha sido por tantos años factor determinante de sus actividades; quien ha desarrollado al frente de la institución la más exitosa etapa de progreso que registran sus anales, quien, desde los días ya lejanos de su incorporación, la ha servido con desprendimiento y perseverancia sin precedentes, y ha totalizado algo más de un mil quinientas asistencias a las Juntas Ordinarias (para el momento de su deceso sumaron más de 1.600), no como mero espectador, sino trabajando y estimulando a otros a laborar también por el mayor prestigio de los estudios históricos nacionales; el Director tolerante, benévolo y recto, que ha tenido la singular satisfacción de haber sido elegido, sucesivamente, por voluntad unánime de sus colegas, durante ocho períodos consecutivos”.<sup>3</sup>

Pero estas facetas del quehacer académico del doctor Mendoza, trayectoria ejemplar en el tiempo, servicio generoso, logro desinteresado, dedicación absoluta y aleccionadora, determinantes todas de por sí, fueron apenas parte de la ingente tarea realizada.

A ello cabe agregar, como preesas altamente calificadoras, su diligente e impulsora actividad editorial, que marcó nuevos rumbos a la Institución, con más de tres centenares de libros repartidos en admirables colecciones de la Biblioteca Académica. Las Mesas Redondas, los Coloquios, los Congresos Nacionales e Internacionales de Historia, la creación del Departamento de Investigaciones. Toda una inmensa labor de proyección, dirección y ejecución que colocó al Cuerpo Académico muy adelante de otras personas corporativas similares.

Esto habla muy en alto de la personalidad que prodigara el Dr. Mendoza, quien ya por sus ejecutorias o por sus años, podría haberse refugiado en una cómoda

---

3 DR. CARLOS FELICE CARDOT. A manera de Prólogo. “Páginas de Devoción Bolivariana”. Cristóbal L. Mendoza. Caracas 1973. Pág. XI.

posición quietista. Pero al contrario, erguido en la cumbre de sus años, con vitalidad renovadora, nos dio un ejemplo imperecedero de cómo se satisfacía un deber. Así lo prometía él, en su Discurso de Incorporación a la Academia, hace poco más de cincuenta años: entregar el entusiasmo y la constancia de su esfuerzo, en "el firmísimo empeño de ser útil".<sup>4</sup> Y con creces supo cumplir su palabra empeñada.

### *Su mejor privilegio*

Con toda justicia, sobre el doctor Mendoza llovieron merecidos honores, pero en su vida académica, quizás lo más resaltante fue el testimonio de respeto, cariño y admiración que lo rodeó en la Institución. Fue un privilegio que bien se ganó a fuerza de dedicación, de entrega, de mucha bondad generosa y de afecto compartido con señorío a través de los años. Signo éste de la más pura tradición académica, en cuya mesa se ha repartido y compartido el pan confraterno de la amistad, por encima de las diferencias ideológicas o de las posiciones doctrinarias contrapuestas.

En esas tardes recoletas de los jueves, igual que ayer o que mañana, hay un sentido vivencial de continuidad y permanencia alrededor de la alargada mesa académica. Cuando la tarde avileña viste de morado el aire y comienzan a llover las sombras por las esquinas del salón, los difuminados rostros de la galería de retratos académicos adquieren nueva vida en la penumbra coloquial. Junto al vivo diálogo de los presentes, surgen los silencios conversadores de los ya idos. Y otra vez, como antaño, nos rodean desde más allá del tiempo las graves voces de nuestros predecesores. Y ellos, como nosotros, circuiremos con el mismo afectuoso aprecio la figura señera del doctor Cristóbal L. Mendoza. Lo mismo que antes, cuando sin pretenderlo convertía su sillón en centro vital del quehacer académico; igual lo hará ahora en espíritu, como cuando nos presidirá en serena imagen desde la Galería Académica, adonde lo llevara la voluntad de Dios.

### *La arraigada prosapia*

Con una arraigada prosapia, cuyo mejor blasón ha sido el honor y la rectitud, el tronco venezolano de esta familia Mendoza se inaugura con un Don Hernando Hurtado de Mendoza. Natural del castizo puerto gaditano de Santa María,<sup>5</sup> se avocina en la entrañable Ciudad de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo, hogar solariego de los Mendoza venezolanos. Allí comienza la aportación al árbol mendocino de otras sangres y apellidos, en donde se mezclan en apretado confluir los Márquez de Estrada, Ledesma, Fajardo, Méndez, Cabrita, Losada Barreto, Valera, Montilla, entre otros grupos familiares.

Así desemboca el río de la sangre, en 1772, en el doctor Cristóbal Hurtado de Mendoza y Montilla. José Cristóbal, como lo nombra su partida de bautismo. Por la línea de la madre Doña Gertrudis, una Montilla Briceno, se entroncaba con los Briceno, Graterol, Fernández, Pacheco, Maldonado, Villegas, Parra, Saavedra y muchas otras ilustres casas de rancia hidalguía.

<sup>4</sup> Academia Nacional de la Historia. Discursos de Incorporación. Tomo II. Caracas 1966. Pág. 211.

<sup>5</sup> RAMÓN DARÍO SUÁREZ. Historial Genealógico del Dr. Cristóbal Mendoza. Caracas 1972.

Si podía reunir blasones en los apellidos de sus antecesores, es en este Cristóbal Hurtado de Mendoza y Montilla en quien alcanza su cumbre la estirpe familiar. Varón preclaro y Patricio de la Nacionalidad, en su palabra de fe y su acrisolado ejemplo la patria independiente encuentra su primer ductor, su primer Presidente de la República. “Hombre de la organización y modelo de virtud y de la bondad útil” como lo llamara Bolívar.

A más de sus virtudes republicanas y su limpia hoja de servicios civiles a la patria, el doctor Cristóbal Hurtado de Mendoza fue notable jurista, ideólogo y escritor. Esta última faceta se muestra, sobre todo, en el campo de la historia, donde cumple una admirable labor al iniciar, junto con Francisco Javier Yánes, la primera “Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar”, editados en Caracas, en 22 tomos. En el Prefacio de esta Obra, con indudable clarividencia, asentaba: “Sabemos que no ha llegado el momento de trazar el cuadro histórico de nuestro país: que vendrá la oportunidad en que una mano maestra, dotada de las cualidades verdaderamente raras que recomiendan al historiador, desempeñe tan arduo y magnífico argumento; pero es un deber de los contemporáneos preparar y conservar los materiales, con que se ha de levantar el edificio”.<sup>6</sup>

De los escritos del doctor Mendoza que se han conservado, podrían citarse: las Cartas que publica en el “Correo del Orinoco” y su “Introducción a la Historia de Colombia”, de la cual sólo llega a realizar el plan inicial. De ellos me permito espigar unas breves frases: “Yo creo que no me engaño, —escribía Mendoza— en llamar virtuoso a un pueblo que quiere ser gobernado conforme a la ley y en que la multitud está pronta a obedecer sin que le falten hombres buenos que limiten su ambición a ser honrados con la administración de esa misma ley, ya en la clase de magistrados ya en la de Jefes de armas, con bastante resignación para volver a entrar en la clase de simples ciudadanos cuando se cumple su turno o lo piden las circunstancias del bien común”.<sup>7</sup> En otro lugar expresa: “La verdad es el alma de la Historia, pero como muchas veces amarga y ofende nuestras pasiones, no siempre hay bastante firmeza para sobreponerse a los peligros que se atrae quien la dice”.<sup>8</sup>

En la época en que se agudizaban las negaciones no deja de hacer profesión de fe bolivariana, y así dice: “Otros hombres han hecho grandes cosas disponiendo para ello de medios proporcionados; el General Bolívar tiene esto de particular, que de nada siempre hizo mucho. . . manifestó siempre una ambición superior a las ambiciones vulgares, cual es la de sacrificarse por la salud pública, sin reservar para sí más que la gloria de haber merecido el renombre de Libertador y buen ciudadano”.<sup>9</sup>

### *La devoción bolivariana guardada en el arcón familiar*

Entre el eminente Prócer civil y el Héroe hubo siempre una elevada amistad y honda admiración. El doctor Mendoza será fautor en el año 13, primero en Mé-

6 Escritos del Dr. Cristóbal Mendoza. Caracas 1972. Pág. 204.

7 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Obra citada. Pág. 169.

8 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Obra citada. Pág. 201.

9 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Pág. 205 y 211.

rida y luego en Caracas, de aquel inmarcesible título de Libertador, que le discerniera al Héroe la voz agradecida de los pueblos: "Título más glorioso y satisfactorio para mí, diría Bolívar, que el de todos los imperios de la tierra".<sup>10</sup> Y Bolívar, que sabía valorar el mérito de los hombres, elogiaba al Prócer sin reservas. Así le escribía en 1827: "Si un testimonio público puede de algún modo llenar la deuda a que usted es acreedor, yo la he pagado el día de mi entrada en esta ciudad. Yo he vitoreado el nombre de Mendoza, y Caracas lo repetía con entusiasmo; yo he dedicado a usted el mote de Probidad que me presentaba una ninfa, y el pueblo aplaudía mi pensamiento".<sup>11</sup>

En la hora triste de su presentida muerte, el doctor Mendoza recomienda al Libertador la orfandad y pobreza de su familia: "Su único patrimonio es el recuerdo de los débiles servicios que he hecho a la república y de la amistad con que usted me ha favorecido. Yo bien sé que ni aquella agradece ni usted puede hacer nada que mejore su suerte, pero si usted ofrece continuarle su amistad y protección creeré no dejarla en el desamparo de la orfandad". El Libertador entristecido se apresura a responderle: "Un sabio no muere nunca, pues no hace otra cosa que mejorar de carrera. . . Sea lo que fuere, yo haré cuanto me sea posible por su virtuosa familia, a lo menos mientras exista en Colombia".<sup>12</sup>

¿Cómo no iba a haber veneración por el Libertador en la familia Mendoza? Esa devoción a Bolívar celosamente guardada en el arcón del acervo familiar, le correspondió exhibirla con las mejores palabras al bisnieto, este Cristóbal L. Mendoza Aguerrevere, cuya memoria honramos hoy.

#### *Espejo vivo de las virtudes familiares.*

Un hijo del Prócer de la civil hazaña, de nombre Juan José Mendoza Buroz, casado con doña Andrea de Aguerrevere y Echenique, fue el abuelo del doctor Cristóbal L. Mendoza. Ese Mendoza Buroz, de nombre clásico en los fastos familiares, Jurista y Educador, prestó importantes servicios a la causa pública. Su vida, como decía una necrología de la época, estuvo signada por el ejercicio del deber. "Admiramos, decía ese biógrafo, su constancia en aplicar las leyes al honor y los principios a la justicia, negando resueltamente su voto y su concurso a toda acción que coarte la libertad civil o preste alas a la autocracia; y por último, luchando cuerpo a cuerpo y conteniendo con una mano las arbitrariedades del Gobierno y con la otra los desmanes de las multitudes. . . Sin interés pecuniario, sin sueldo ni remuneración alguna redactaba proyectos de leyes, informes en cuestiones graves de jurisprudencia o de política u opiniones en que sólo hacía falta el prestigio de la firma de uno hombre honorable e ilustrado. En nuestras recopilaciones de leyes no pocas hijas de su intelecto o redactadas por él, y en los códigos nacionales abundan principios sostenidos por sus convicciones jurídicas. . . Aquel hombre severo cuyo espíritu parecía nutrido de la médula del león, sonreía como el niño ante una acción generosa y perdonaba sin esfuerzo las flaquezas de sus semejantes aunque recayesen sobre él. . . Consagró a la enseñanza gran parte de sus mejores días y como

<sup>10</sup> Proclamas y Discursos del Libertador. Caracas 1939. Pág. 74.

<sup>11</sup> Cartas del Libertador. 2ª Edición. Caracas 1967. Tomo V. Pág. 342.

<sup>12</sup> Cartas del Libertador. 2ª Edición. Caracas 1968. Tomo VI. Pág. 449 a 451.

conocedor de los clásicos latinos, así como de los modernos literatos y lingüistas, escribió métodos de aprendizaje y alcanzó a ser un Maestro del rango que sólo pueden ocupar los filólogos".<sup>13</sup>

Hijo de Juan José fue el doctor Cristóbal Mendoza, también notable jurista, educador y hombre de honor. Fue igualmente escritor y en el certamen literario del Centenario del Libertador, su obra "Glorias de Isabel la Católica", resultó laureada y Gil Fortoul obtuvo la mención en verso. De su matrimonio con Doña Josefa María Aguerrevere y Michelena nació, entre otros hijos, Cristóbal Lorenzo quien fuera nuestro apreciado Decano Académico.

De aquel Cristóbal Mendoza padre, decía una sentida necrología de la época: "Había más de una cosa alta y diáfana dentro de ese espíritu. Visible por erguida era su talla de jurisconsulto, sabio de profunda ciencia profesional; intensa era la fuerza de su cerebro, opulento en letras humanas; simpático el prestigio de su palabra, diestra en las controversias del foro, y en la regencia de la tribuna académica; y poseía la belleza y el arte, discretos en colores y en luz, su gallarda pluma de escritor. Llevaba un nombre extraído de un linaje de hombre y de una sucesión de tiempos que le dieron fama y blasón al patriciado republicano. . . Nutrido de aquel saber, cada vez que quiso decirlo, lo hizo, en lengua austera de maestro".<sup>14</sup>

¿No es verdad, señores, que educado en semejante escuela, forjado en tan altos ejemplos familiares, el doctor Cristóbal L. Mendoza, hijo, nieto y bisnieto de tales Maestro, tenía razón de ser lo que fue?

Perdonad la anterior disgresión genealógica, pero enaltecer a una familia tan esclarecida es el mejor elogio que puede hacerse al doctor Cristóbal L. Mendoza. El no fue hombre de acasos, ni rama huérfana al viento de la tarde, venía de una clara definición que enlazaba en sus ancestros familiares y por sus raíces le ascendía la más auténtica tradición, la del espíritu.

Familia de juristas la de estos Mendoza. Acostumbrados no sólo al ejercicio del derecho, sino apegados con devoción entrañable a actuar y realzar la justicia. Hombres de ley y honor, de inteligencia y laboriosidad, de rectitud y probidad, de lealtad y firmeza de convicciones, de sinceridad y juicioso discernimiento. Espejo vivo de estas virtudes familiares, fue el doctor Cristóbal L. Mendoza, nuestro inspirador Maestro y nuestro dilecto amigo, cuyo retrato prestigia desde hoy el Salón Académico, así como lo honrara en vida su propia e ilustre persona.

### *La ciudad que lo vio nacer*

El 9 de octubre de 1886, en el mismo mes y dos años antes que la Academia Nacional de la Historia, nacía en Caracas el doctor Cristóbal L. Mendoza.

La casa solariega estaba situada entre las caraqueñísimas esquinas de Socarrás y Corazón de Jesús. En ese hogar transcurrirá la infancia y juventud del doctor Cristóbal Mendoza, hasta contraer matrimonio con su esposa, la noble dama Doña Tulia Virginia Páez Pumar.

Esa esquina del Corazón de Jesús se llamaba en ese tiempo la Pilita de San Lázaro, y es después de construirse la Iglesia que cambiará su nombre. No hacía

13 El Cojo Ilustrado N° 83 del 1° de junio de 1895. Pág. 316.

14 El Cojo Ilustrado. N° 339. 1° de febrero de 1906.

muchos años atrás esa calle se denominaba Girardot y la aludida cuadra estaba comprendida entre las Calles de Las Ciencias (Este 2) y El Sol (Este 4). Y mucho antes, en la época del Obispo Diez Madroñero, la dicha calle había llevado el nombre de Triunfo de Jerusalem. En la nueva nomenclatura guzmancista de la ciudad, recién impuesta en esos días, a la Calle Girardot se la designaba Avenida Sur 7, pero antes como ahora nadie la conocía sino por el nombre de las esquinas.

¿Cómo era la ciudad que contemplara el doctor Mendoza en su infancia y adolescencia? En parte a título anecdótico y en parte también por la influencia que pudo tener en su etapa formativa, vale la pena rever un poco a la Caracas de esas últimas décadas del pasado siglo.

Tres años antes de nacer el doctor Mendoza se había celebrado el Centenario del Libertador. Un acontecimiento que marcó época en los anales de la Ciudad, que había comenzado a estrenar nueva fisonomía. Se había inaugurado el urbanismo oficial guzmancista. Cumpleañera en ese momento de poco más de trescientos años, Caracas se acunaba en las faldas de su Avila inmortal, recogida entre el Catuche, el Caroa y las Vegas del Guaire. Había contemplado muchas cosas e innumerables hombres la transitaron y cruzaron de pasos. Estremecida y asolada por terremotos, que estuvieron a punto de hacerla mudar hacia el Este del valle. Golpeada en la carne de sus hijos, tatuada por las señales de la guerra. Había visto el largo transcurrir de los años coloniales, fermento y levadura de la patria en agraz. Acunó a Simón Bolívar, su hijo mayor. Vivió los gloriosos y sangrantes años de la Independencia, que la redujeron a un puro esqueleto de dolientes ruinas. Atisbó orgullosa los fulgurante pasos del Libertador y después le abrió los brazos para recoger en sus entrañas la cal de sus huesos. Vio sucederse a Páez, a los Monagas, a las huestes federalistas, hasta entronizarse la autocracia de Guzmán Blanco, que en esa penúltima década decimonónica comenzaba a resquebrajarse.

A pesar de tantos años que tenía encima, el desarrollo de la ciudad había sido muy lento. Su rostro aldeano lo señalaba el recto trazo de sus contadas calles, sus casas de bahareque o tapiería, con grandes y frondosos corrales, los tejados y aleros, los pocos edificios altos, y un verdor de árboles y lucientes vegas que estrechaba el corto recinto urbano.

En esas décadas finales de siglo la ciudad comenzaba a estirarse y romper la costura de sus calles, que se alargan y se empatan con otras nuevas, y aumentan el criollo santoral de esquinas. La moda oficial guzmancista invade luego las casas y construcciones particulares. Comienzan a desaparecer los aleros, a usarse cornisas en las fachadas, a adornarse las rejas de las ventanas y alisarse sus salientes, a sustituir el enladrillado por el mosaico y el papel tapiz a cubrir el encalado de las paredes. Vendrán los techos planos y azoteas a reemplazar los rojos tejados. Pero continuarán por mucho tiempo los zaguanes y el Santo protector sobre los anteportones, los patios y corredores, los umbrosos corrales y los poyos de las ventanas florecida de miradas, para atisbar la tarde y encontrar los pasos viajeros.

Sobre el rostro urbano de la ciudad se superponen otras modas urbanísticas. En la época de Crespo: Santa Inés, Quinta Crespo, Miraflores, Arco de La Federación, Viaducto y Túnel de El Calvario, el Hipódromo de Sabana Grande. Seguirá el Castrismo con Villa Zoila, Ministerio de Hacienda, Teatro Nacional. La ciudad se extiende con El Paraíso, Nueva Caracas en Catia, Prado de María, San Agustín, El Conde, San Bernardino, Los Caobos. Medina Angarita inicia en El Silencio la



transformación urbana. Las construcciones se derraman y empinan por todo el valle, hasta desembocar en esta Caracas trimillonaria y alienante que nos sumerge en esta fiebre de multitudes, ruidos y movimientos. Todo tan diferente de la apacible y aldeana ciudad de 1886. Sin embargo, gracias a Dios, todavía se conserva el espíritu de la vieja ciudad, recogido en su Avila, en el cuadrilátero que guarda su Plaza Mayor, y sobre todo, en el corazón de sus mejores hombres, esos que como el doctor Mendoza la han amado entrañablemente.

### *Las descripciones de la Caracas finisecular*

Cuando ve la luz primera el doctor Mendoza, la Caracas de los techos rojos que cantara Pérez Bonalde, todavía mantenía intacta su amable fisonomía. Sin embargo, ya junto a la Catedral, la Casa Amarilla y los Campanarios de las otras Iglesias, se alzaban nuevos edificios. Capitolio, Universidad, Palacio de la Exposición, Basílica de Santa Ana, Santa Capilla, Templo Masónico, Panteón Nacional.

El doctor Adolfo Ernst, subido una mañana de 1883 a la torre almenada que coronaba el Palacio de la Exposición, y todavía hoy la Corte Suprema de Justicia, nos daba una descripción de la ciudad: “Preciosa es la vista que allí se presenta al expectador sobre todo el valle de Caracas; como ricas alfombras aparecen inmediatamente debajo los jardines de la Plaza Guzmán Blanco y del Capitolio; alrededor se extiende la capital con la red rectangular de sus calles, sus templos y demás edificios y monumentos notables; hacia el occidente se divisan los techos metálicos de la estación del ferrocarril de La Guaira y la frondosa altura del Paseo Guzmán Blanco con la estatua de su ilustre fundador; en dirección suroeste se pierde la vista en las fértiles campiñas del Guaire hasta Antímano; al Sur cierra el cuadro la cadena de las colinas del Rincón del Valle, en cuyas faldas se distingue el tren del ferrocarril del Centro; hacia el oriente abarca la mirada una vasta extensión de verdes sementeras hasta más allá de Chacao, y surge a veces la Iglesia de Petare en las brumas del lejano horizonte; mientras que la compacta muralla del Avila como la erguida cima de la Silla y los profundos surcos que en sus faldas ha arado la acción secular de los elementos, se levanta sobre el valle y sobre la ciudad del Libertador, cual atalaya de gigantes”<sup>15</sup>

Un viajero colombiano de esos días del Centenario, Alberto Urdaneta escribía sus impresiones al columbrar a Caracas desde el recién estrenado Paseo del Calvario: “Las ondulaciones o sinuosidades del terreno sobre que está edificada la ciudad se divisan de allí pintorescamente; las calles, aunque tiradas a cordel, semejan sobre el quebrado terreno las olas de un vasto mar, y, como en lo general, las casas son bajas, —esto es, de un solo piso al nivel de la calle— las iglesias y los altos edificios se destacan como arrecifes, enormes bajeles o monstruos marinos que interrumpiesen la monotonía del dilatado océano. . . Las pendientes del cerro se precipitan vertiginosamente hasta los suburbios de Caracas, y por su situación de Oriente a Occidente el sol arroja su luz proyectando las sombras que dan energía al paisaje, y acentúa los variados tintes y matices de magnífico efecto. . . El aspecto de la ciudad es risueño —juvenil, podremos decir, puesto que en su mayor parte

<sup>15</sup> ADOLFO ERNST. “La Exposición Nacional de Venezuela 1883”. Caracas 1886. Tomo II. Pág. 20.

es de construcción posterior al cataclismo de 1812— y la vegetación y temperatura del sitio donde se levanta le dan, no el aspecto de una ciudad clásica, sino más bien el de un gran pueblo de fisonomía alegre; más tiene de Aranjuez, sitio de recreo, que de Burgos, clásica patria del Cid Campeador; es la coqueta Versalles y no el anecdótico y monumental viejo París; en una palabra: Caracas es más bonito”.<sup>16</sup>

Desde allá arriba el observador no se podía percatar de la existencia de ranchos en los suburbios. No se trataba, claro está, del infrahumano dramatismo del actual cinturón de miseria, sino de construcciones humildes y pobres en los alrededores rurales de la ciudad. Un viajero de signo crítico, en 1901, describía así la llegada a la ciudad en el tren de La Guaira: “A la entrada de la ciudad, a la altura de los barrios conocidos con los nombres de Catia y Agua Salud, empieza a desfilar un abigarrado conjunto de casuchas pobres y de feo aspecto, construidas con hojas de palma y adobes y sepultadas en el fondo de las quebradas o al borde de los barrancos. La vigorosa vegetación que nos acompañó durante el viaje, los opulentos valles cubiertos de intenso verdor, que recreaban nuestra vista y alegraban nuestro espíritu; las cúspides de las altas montañas... han desaparecido y trocádose en estériles montículos arcillosos, en quebradas que arrastran desperdicios y líquidos malolientes, en charcas de agua fétida y en una aglomeración de barracas de triste aspecto y peor construcción. A medida que el tren se va aproximando más y más y disminuyendo en velocidad, comienzan a detallarse estas desagradables impresiones. A un lado y otro calles asimétricas y sucias por las cuales vagan y se solazan en tremendo maridaje, muchachos desnudos o vestidos con harapos, y aves de corral; mujeres desgredadas y perros macilentos y repugnantes; hombres desocupados y marranos que hozan en los montones de basura. El color de las casuchas es amarillento, pálido, enfermizo, como tostadas durante el día por un sol abrasador. Inmensas nubes de polvo recorren la atmósfera, ensuciando las casa y los pulmones de sus habitantes. Nada de vegetación; ningún detalle consolador rompe la desagradable monotonía de la perspectiva, como no sean las altas y coloradas chimeneas de unos hornos de alfarería, situados en la parte más elevada de una colina”.<sup>17</sup>

### *Las estampas ciudadanas*

El Ferrocarril de Caracas a La Guaira, inaugurado para el Centenario, era todavía una novedad de la cual se sentían orgullosos los caraqueños. La Estación de Caño Amarillo se había convertido en centro obligado de reuniones y paseos para admirar los trenes o curiosear a los viajeros. Después vinieron los otros dos ferrocarriles con sus Estaciones en Palo Grande y Santa Rosa, ya en los alrededores citadinos. Los otros medios de transporte, cabalgaduras, arrias y carretas de carga siguieron prestando sus servicios. Era una estampa diaria en la vida caraqueña los arreos de mula y los trenes de carretas en pleno centro capitalino. Como lo era también, en las mañanitas madrugadoras, el paso lento y cansino del rocín del lechero,

16 ALBERTO URDANETA. “Panorama de Caracas”, en “Viajeros Colombianos en Venezuela”. Selección, Prólogo y Notas de Gabriel Jaramillo. Bogotá 1954. Pág. 45 a 48.

17 DIOCLESIANO RAMOS Y GARCÍA. Caracas por dentro. Caracas 1901. Págs. 3-8. Citado por Rafael Ramón Castellanos. Caracas y El Libertador. Caracas 1969. Pág. 165.

con sus cántaros colgantes, o la mula del panadero, repitiendo de puerta en puerta su fresca mercadería.

Los cuatrocientos y tantos coches de plaza, de lujo, victorias y landós, tirados por caballos, ejercían su ajetreada actividad ya fuera de punto en determinados lugares o en las cocheras, de las cuales las más afamadas eran las de Rodríguez Superville entre San Mauricio y Casa Amarilla y la de Rodríguez Toro de Veroes a Jesuitas. Las tarifas iban desde un bolívar la carrera y cuatro bolívares la hora en los días corrientes y las horas diurnas, hasta los coches de lujo con parejas de caballos americanos, donde la hora en días feriados solía costar unos cuantos bolívares.

Los tranvías tirados por caballos, con su tarifa de medio real, eran el sistema común de transporte, pero más que un medio de comunicación eran una manera placentera de pasear, de exhibirse y de hacer vida de relación social. Sobre todo en las tardes domingueras, como lo describía el poeta Jesús Semprún en una de sus Visiones de Caracas: "Una mula rucia y gorda y un caballo huesudo y hético, ayuntados en sorprendente contraste, arrastran el tranvía, calle abajo, al son de sus infatigables campanillas. La tarde también se ha vestido lujosamente en el domingo, como una ingenua provinciana. Tiene un traje llamativo de oros, sangre y añiles. En el cielo, sobre las casas, sobre los árboles, sonrío en un claro incendio y derrama sobre los guijarros del arroyo, cerca y en la lejanía un vivo baño de resplandores. Bajo el ardor crepuscular del cielo, el carro desciende entre las dos filas de casas, a cuyas ventanas se asoman bustos de mujeres. Los pasajeros del tranvía, bastante numerosos, forman una aglomeración heterogénea. Junto a un jovencito de traje pulcro y aspecto adamado, que enseña las medias listadas de muchos colores, un señor entrado en años, de seguro un comerciante rico, conserva un aire de solemnidad imperturbable, una tiesura indiferente a lo que ocurre en torno. Dos chiquillas casi rubias parlotean y ríen cristalinamente con toda la frescura sagrada de su niñez. Sus risas y charlas se difunden en el ámbito como si estuvieran en un jardín primaveral y luminoso. Y una negrita, sentada junto a ellas, sonrío de cuando en cuando, mirándolas. En el corral de sus encías resplandece entonces, como un efímero relámpago de nácar, la sarta de los dientes, risueña y nítida. En el rincón de un asiento un hombre cabizbajo bosteza. Las casas desfilan a los lados, enseñando en sus ventanas bellezas de mujeres. Son bellezas rubias, morenas, ardientes o lánguidas, risueñas o tristes. . . El ruido y el polvo, que se dora pálidamente en los aire, llena la avenida. Los coches estrepitosos sobre el empedrado, cruzan raudamente. Es la fiebre gozosa del domingo que hincha la calle. Brilla y suena y se desborda en el ambiente. Y el crepúsculo cómplice le presta su marco soberbio y fulgurante. Sólo el tranvía obscuro y feo, con su marcha pesada y el tenue repique melancólico de sus campanillas, rompe la armonía alegre y clara de los parajes que atraviesa. Es como una enorme hormiga lenta que camina por la vía, entre los carruajes veloces".<sup>18</sup>

La población de Caracas alcanzaba en esas décadas a 56.000 habitantes y llegaban a 8.000 todas las unidades de viviendas del Distrito Federal, con un gran porcentaje situadas en las áreas rurales. En ese tiempo habían registrados en Caracas 135 médicos, 114 abogados, 85 ingenieros y 61 agrimensores. Las calles

---

18 JESÚS SEMPÚN. Visiones de Caracas y otros temas. Caracas 1969. Págs. 53 y 54.

centrales de la ciudad eran empedradas y en las aceras de esquinas redondeadas se habían comenzado a usar el cemento que venía en barriles del exterior. Es apenas en 1907, en La Vega, cuando se establecerá la primera fábrica de cemento en el país.

### *Las grandes novedades*

La ciudad se alumbraba con faroles, alimentados con kerosene importado de los Estados Unidos. En las casas particulares, a más de los quinqués, se usaba mucho las velas de esperma protegidas en sus briseras o colocadas en las simples palmariorias. Como una novedad vendrán después las lámparas de carburo. En Venezuela no se pensaba todavía en extraer petróleo, salvo en el Táchira, que ya estaba principiando a producir combustible, el cual sirvió para iluminar la Exposición de Mérida en 1888. El antiguo sistema de alumbrado cede el paso al gas, con la instalación del primer Gasómetro en 1882. Por primera vez la luz eléctrica hizo su aparición en Caracas durante el Centenario. En la noche del 25 de julio la Plaza Bolívar, Capitolio y Teatro Guzmán Blanco se iluminaron con electricidad ante el pasmo y la admiración de los caraqueños. Se había dado un gran paso de avance con el nuevo acueducto y la distribución del agua a las casa por tuberías metálicas.

El teléfono fue otra de las grandes novedades que habían hecho su aparición en Caracas. La Guía Telefónica de la época del Centenario contaba 89 abonados. Los números 1 y 89 pertenecían a Guzmán Blanco y sólo había doce suscritores particulares, pues los demás eran comerciantes. En esos años se habían ido introduciendo diversas novedades, que a la par del progreso indicaban un nuevo estilo de vida. La primera máquina de moler maíz, el primer carro fúnebre tirado por caballos, la primera fábrica de pastas italianas, de León Suárez, los baños hidrotérmicos del Dr. Francisco Dubreuil, la fábrica de escobas, el Cable Submarino. Fausto Teodoro de Aldrey, en la Opinión Nacional estableció la primera imprenta al vapor y luego siguió El Cojo en 1881. Abundaban las imprentas que editaban libros, revistas y sobre todo periódicos de los cuales se publicaban quince en 1884, la mayoría políticos y de vida efímera. En librerías estaba "La Española" de Puig Ross, la de Rojas Hermanos, la de Emilio Rey "La Bandera Blanca" y la venta de periódicos extranjeros en La Hoyada.

En la época del Centenario muchos de los Hoteles, Fondas y Pensiones tenían nombres franceses: Saint Amand, France, Saint Germain, Ferdinand, París. A su lado alternaban los de nombre español: León de Oro, Oriental, Renacimiento, Posada de la Paz, Fonda Aragonesa. En restoranes figuraba el Bolívar (antes Louvre), el de mayor jerarquía, y el "Ignacio" entre Torre y Veroes. En 1886 se había inaugurado el nuevo Teatro Caracas, entre las esquinas de Veroes e Ibarra, antigua Calle de La Margarita. Y en la década siguiente funcionaban en la ciudad el Circo Falcón, el Venezuela de Caballitos, el Circo de Gallos y el Hipódromo de Sabana Grande, donde se daba cita la Caracas hípica encabezada por el mismo presidente Crespo.

La nueva Ley de Monedas había establecido en esos años el Bolívar, como unidad monetaria. La Casa de la Moneda cambiaba a cuatro bolívares los pesos de plata extranjeros que circulaban corrientemente, y los de Colombia, Ecuador y Bolivia los recibía a sólo tres bolívares. El Prseupuesto Nacional en 1886, era de Bs. 27.635.000,00, casi dos mil veces menor que el actual, y la deuda pública al-

canzaba a Bs. 112.000.000,00. Pero el sueldo de un Ministro era sólo de mil quinientos bolívares, y el de un simple empleado no sobrepasaba los doscientos bolívares. Venezuela era un país rural por excelencia, que vivía del café y otros cuantos productos agropecuarios. En la que sí estaba adelantado era en la producción de Caudillos y de guerras civiles.

*Por cualquier rumbo la ciudad se acababa pronto*

En 1886 gobernaba la Arquidiócesis de Caracas Monseñor Crispulo Uzcátegui, caroreño, recién consagrado Obispo el año anterior. Era de buen tono acudir a la misa dominical en Altigracia, aun cuando también eran concurridas las funciones litúrgicas de otras Iglesias. En 1889 se inauguraban los nuevos templos de San José y La Pastora y se creaban esas dos nuevas parroquias. En ese mismo año el Pbro. Dr. Gregorio Rodríguez iniciaba la construcción de la Capilla de Corazón de Jesús, contigua a donde había nacido el Dr. Mendoza, en la esquina de la Pilita de San Lázaro, la cual pronto cede el nombre a la nueva denominación.

A dos cuadras de allí, entre San Lázaro y Puente Victoria, se estableció la Escuela de Artes y Oficios y tenía su asiento el Cuartel Nuevo. Entre San Lázaro y San Martín, hoy Nuevo Circo, se encontraba el Mercado de Ganado y había la esquina de San Roque, el Matadero. Allí finalizaba la ciudad, igual que al Sur del Parque Carabobo, rodeada por la hacienda La Cuadra. En Bárcenas y Quinta Crespo se acababa también la notación urbana y las vegas del Guaire mostraban sus lucientes siembras. Al Oeste la ciudad caminaba hasta Palo Grande y hacia Catia terminaba en la quebrada de Tinajitas. Al Norte llegaba hasta la esquina de Dos Pilitas y el Hospital Vargas estaba extramuros. El límite urbano por el Este era a una cuadra de la Plaza de Candelaria y las estrechas vegas del río Anaucu. Más allá el camino seguía, ya despoblado, a la Estación del Ferrocarril en Santa Rosa y después se enrumbaba, entre haciendas, a Sabana Grande, Chacao y Petare.

Los muchachos que habitaban en los alrededores de Socarrás o Corazón de Jesús, las “cuerdas” de esas esquinas, se iban a las plazas cercanas de San Lázaro, Plaza López y Parque Carabobo, al cual todavía nombraban La Misericordia. A elevar papagayos, “riña” de metras, dar “mapola” a los trompos servidores, jugar “gárgro”, “cuarenta matas”, perinola o “troya y bomba”. O se iban a la Plaza del Venezolano, a curiosear en el contiguo Mercado de San Jacinto; a contemplar a los vendedores de pájaros, estacionados junto a los barandales de hierro forjado y los árboles de matapalo e higuieron que rodeaban la estatua de Antonio Leocadio Guzmán.

Las costumbres sociales comenzaban a variar, pero mucho más lentamente que en otro orden de cosas. Las mujeres usaban en sus trajes las modas de París, que lucían con encantadora elegancia. En la mañana salían a misa, a compras, a visitas y en los días de fiesta se paseaba en las plazas y bulevares. Algunas noches se iba a las retretas en la plaza Bolívar, al teatro en épocas de temporada o se acudía a reuniones o bailes. De vez en cuando paseos a Los Meceadores, al Calvario o a Gamboa, o los ya más lejanos en tren a Los Chorros, Petare, Antímamo o El Valle. Pero el hogar continuaba siendo el centro de su mundo, donde no se sentía aherrojadas. Las ventanas eran una forma de comunicarse y exhibirse.

Los helados y nueva golosinas se popularizaban en la clientela infantil, que asistía con asiduidad a la "Nevería Caraqueña", o a cualquiera de las Confiterías, como la de Pregal. Pero viejos y jóvenes seguían aferrados a sus dulces tradicionales, hoy casi olvidados en la memoria caraqueña. Del recuerdo de esos tiempos surgen aquellos sabrosos nombres, que llenaron de delicias los sabores infantiles: tequiche, manjarete, pelotas, conservas de coco, de naranja, de maní, de leche, arroz con coco, alfeñiques, besitos, coquitos, huecas, suspiros, piñonates, papitas de leche, yemitas, papeloncitos, polvorosas, almidoncitos, melcochas, alfajores, chopelos, rúcanos, torta bejarana, burrera, golfiaos, tunjas y las catalinas con su otro nombre vulgar y expresivo.

### *Su amado Colegio Sucre*

Con el extraordinario impulso guzmancista a la instrucción primaria obligatoria, las Escuelas Federales proliferaban, pero la educación privada, sobre todo en la educación media, mantenía su alto nivel de enseñanza. Todavía no se habían iniciado los Colegios regentados por Ordenes Religiosas, que tan gran papel desempeñarán en la educación venezolana. Sólo los Salesianos comenzaban su Colegio en la década del noventa, primero en el Ricón del Valle, luego en La Pastora y por último en Sarría, donde construían su Colegio San Francisco de Sales, ya extramuros de la ciudad.

Entre los colegios de niñas existentes por esos años en Caracas, podían citarse: "La Esperanza" regentado por Salomé Torres. "San José" de las hermanas Amitezarove; el "Corazón de Jesús" de Manuela Chitty; "Santa Teresa" de Francisca María Adrianza; "Nuestra Señora del Socorro" de Mercedes Landaeta de Henríquez; "San Antonio" de Antonia Esteller; y el más antiguo de todos, el Colegio Chávez. De los colegios de varones los más afamados en ese tiempo eran: "Colegio Villegas" del Dr. Guillermo Tell Villegas; "Fontes" de Pedro Pablo Fontes; "Santa María" del Licenciado Agustín Aveledo; "Roscio" fundado por Manuel Antonio Carreño y del cual fuera Director en una época el Dr. Juan José Mendoza; "San Agustín" de Rafael Cruz Guitián; "Aveledo" del Dr. Miguel Páez Pumar; "Venezuela" del Dr. Adolfo Frydensberg; y "Sucre" de Jesús María Sifontes. A estos Institutos se agregaban las Escuelas de Dibujo, Canto, Piano, Idiomas Vivos, el Politécnico, la Escuela de Artes y Oficios y la Academia de Bellas Artes, para completar el panorama educacional. Existía también la Escuela Episcopal, que hacía las veces de Seminario después de la proscripción Guzmancista.

En ese Colegio Sucre, situado en la esquina de Manduca, el Dr. Cristóbal L. Mendoza realizó sus estudios. Los inicia en la escuelita anexa de primeras letras a cargo del recordado Maestro Rosendo Noria, "todo mansedumbre, bondad e inocencia". Continúa sus estudios en el mismo Colegio Sucre, hasta culminar allí su Bachillerato, siempre bajo la sabia ducción del Dr. Jesús María Sifontes. De él dirá treinta años más tarde, en emocionadas frases: "Aún me parece verlo, sencillo y austero dentro de su invariable traje de burda tela cruda, cual otro franciscano; y aún me parece oírlo, severo e inflexible, cual otro Catón, en las disciplinas morales que inculcaba a sus discípulos... Y recuerdo... a los doctores Muñoz Tébar y Soriano, de grata memoria, desinteresados apóstoles de la enseñanza y el Dr. Lázaro Costa, que nos comunicaba en sus lecciones el fuego de su generosa ju-

ventud, y a Henrique Delgado Palacios, maestro incomparable y a ese infatigable civilizador que se llama el Dr. Rísquez, digno de la inmortalidad. Y recuerdo, por último, al Dr. Núñez Ponte, que ennoblecía las cátedras de Literatura y Filosofía, despertando en nuestras almas con insuperable maestría el entusiasmo por las Bellas Letras y la afición por la gimnasia del pensamiento, como la más digna selección intelectual y moral”.<sup>19</sup>

Al rever los libros de texto usados por los estudiantes, tanto de Primaria como de Bachillerato, podía observarse que en su mayoría eran de autores venezolanos. En ellos debió estudiar Cristóbal L. Mendoza, igual que todos los jóvenes de su época. Por ejemplo, en Lectura estaban los textos de José Luis Ramos, que llevaba 25 ediciones; los de Arístides Rojas, Amenodoro Urdaneta y el “ABC” de José Ignacio Paz Castillo. En Escritura se usaba, entre otros, el “Método de Escribir” de José Ignacio Paz Castillo. En Religión, aparte de la Doctrina de Ripalda estaban los textos de Amenodoro Urdaneta, Gerónimo E. Blanco, Arístides Rojas y Pbro. Juan A. Domínguez. En Urbanidad el libro ya clásico de Manuel A. Carreño. En Geografía los textos de Agustín Codazzi y el de Arístides Rojas, con 10 ediciones. Catecismo Político de Eduardo Calcaño. En Historia había varios autores: Amenodoro Urdaneta, Alejandro Paoli, Antonia Esteller, la obra del Licenciado Juan Vicente González, con varias ediciones, y una recién aparecida de Felipe Tejera. En Geometría, el libro del Dr. Jesús Muñoz Tébar. Francés, el Método del Licenciado Juan José Mendoza. En Inglés, los de Adolfo Ernst y General Alejandro Ibarra. En Gramática abundaban los textos, entre otros, los de Juan Vicente González con 14 ediciones, Guillermo Tell Villegas, Ricardo Ovidio Limardo, Julián Ramírez, Gerónimo Blanco, etc. Aritmética Razonada: el del Dr. Manuel María Echeandía con 15 ediciones y los de Aguerrevere, Ibarra, Coronado, González, etc.<sup>20</sup>

### *Epoca de encrucijadas*

Era intensa la actividad cultural que se desarrollaba en Caracas. Periódicos, Revistas, Libros, Música, Teatros, Opera. Florecía la pintura con Tovar y Tovar, Arturo Michelena, Cristóbal Rojas, Herrera Toro. La poesía reinaba como dueña y señora en todos los espíritus. “Cosmópolis” y “El Cojo Ilustrado”. Los escritores viejos y nuevos dejaban marcada huella con una abundante producción intelectual. Don Cecilio Acosta, austero y lleno de dignidad, se empinaba solitario en su alto sitio de Maestro. Martí, errante peregrino de la libertad, paseaba su corazón encendido por las calles caraqueñas, soñando con una patria que se le apuñaba en las palabras. Arístides Rojas, Domínici, Lisandro Alvarado, Eduardo Blanco, Nicanor Bolet Peraza, Pérez Bonalde, Gutiérrez Coll, López Méndez, los Calcaño, Saluzzo, Villavicencio, Guardia, Limardo, Gil Fortoul, Urbaneja, Pardo, Hernández, Tejera y otros cuantos más, sin contar los nuevos, todos semillaban incansables en la siembra generosa. El romanticismo todavía dominaba los espíritus, pero ya se insinuaban los modernistas.

19 Conferencia del Dr. Cristóbal L. Mendoza en el Colegio Sucre. Boletín de la Academia Nacional de la Historia N° 50. Pág. 145.

20 Conferencia del Dr. Cristóbal L. Mendoza en el Colegio Sucre. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. N° 50. Pág. 145.

Así como la ciudad comenzaba a cambiar, nuevas solicitaciones en ideas y doctrinas seducían las conciencias. Un progreso general se advertía en las Ciencias. En Medicina, por ejemplo, se gestaba una brillante generación médica que tenía su asiento en el Hospital Vargas.

La Historia triunfalista, con acento lírico y visión romántica, estaba en su apogeo, pero ya los nuevos historiadores comenzaban a dar paso a una concepción más crítica y analítica. A afincarse en hechos y documentos y a trascender de la narrativa a las leyes y causas sociales. El positivismo, aun cuando algo tardío entre nosotros, inauguraba una nueva visión de la historia, a cuya orientación se adhirió el Dr. Mendoza.

Guzmán Blanco todavía avasallaba la escena pública, pero ya fuera por cansancio o por la misma dinámica política, se gestaban los grandes cambios y otros hombres forcejeaban por tomar el poder. Nuevas ideas políticas agitan las conciencias. Las revoluciones se han sucedido con reiterada frecuencia. El Gobierno de Rojas Paúl, con su reacción antiguzmancista trata de abrir nuevos cauces, pero su corto período no le da para más. Andueza, la Revolución Legalista y se instaura el Crespismo, que cortará en flor la bala de Mata Carmelera. Andrade, y el país se adentra en este siglo bajo el signo de las Dictaduras absolutas de Castro y Gómez.

Esta era la ciudad y esos los tiempos en que nació y transcurrió la infancia del Dr. Cristóbal L. Mendoza. Epoca de encrucijadas para romper moldes y buscar nuevos rumbos políticos, sociales, económicos, literarios, históricos. En donde la patria ensangrentada de guerras, dominada por la voluntad de Caudillos, empujaba de horizontes, buscaba con ansias caminos de libertad para encontrar su futuro, Pero también época de frustraciones y de esperanzas cívicas fallidas, porque en definitiva se desemboca en las férreas y asfixiantes Dictaduras, que sumergen a la libertad en el hondón de las sombras durante los primeros treinta y cinco años de la historia venezolana de este siglo.

En ese forcejear de hombres, de doctrinas, de políticas, transcurrieron los años formativos del joven Mendoza. La rectitud en el actuar y la mesura en el pensar, norma familiar y personal del Dr. Mendoza, le permitió aquilatar valores y aprehenderlos en su equilibrado espíritu. Aceptó las nuevas solicitaciones y las amoldó a sus cauces tradicionales. Sobre la tierra de su espíritu confluyeron las distintas corrientes y las asimiló a su propia fisonomía. Y a las líneas primarias de su tradición familiar, le dio entonces su peculiar impronta.

### *Un joven profesional y el quehacer periodístico*

En 1902 Cristóbal Mendoza culminaba sus estudios en el Colegio Sucre y la Universidad le discernía el título de Bachiller en Filosofía, después de presentar el examen integral y su tesis de grado "Formas del Materialismo". Cursa en la dicha Universidad la Carrera del Derecho, la misma que sus ascendientes ejercieran con tanto brillo. En sus estudios obtiene calificaciones sobresalientes y llega a ser redactor de la Revista del Centro de Estudiantes de Derecho.

Como cualquier otro estudiante participa en las rebeldías estudiantiles y hace oposición al Gobierno. Un editorial de la Revista que dirige le acarrea, como dice el Académico Velásquez, "orden de prisión, materia ésta que sin figurar en los



programas oficiales, formaba parte esencial en la formación de los estudiantes de aquella época".<sup>21</sup> Sin embargo, cuando la amenaza del bloqueo a Venezuela por las potencias europeas, los universitarios caraqueños deponen su actitud anti-castrista. Constituyen un batallón universitario que se acuartela en la esquina de San Lázaro y del cual forma parte el joven Mendoza.

En 1907 corona sus estudios universitarios y recibe su Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales. Antes ha presentado como tesis de grado, su estudio intitulado "La Legítima". Es el inicio de la vasta y copiosa producción intelectual del Dr. Mendoza. El trabajo de índole jurídica demuestra, al decir del historiador Felice Cardot, su predilección por las disciplinas sociales e históricas y marca su alineación a las doctrinas positivistas.<sup>22</sup>

El novel abogado, apenas de 21 años, inicia el ejercicio de su profesión, siempre ardua y forzada, pero más en esos primeros años. Junto a su actividad profesional se dedica también al quehacer de escritor. Afiliado a aquel brillante grupo de intelectuales que dinamizaba la vida espiritual del país, Mendoza le comienza a tomar afición a una labor que después se convertirá en una de las facetas mejor logradas de su vida. En el país se iniciaba una esperanza de libertad y de retorno al estado de derecho con la transición de Castro a Gómez. Se publican nuevos periódicos y reaparecen otros. Los periodistas se desquitan del silencio. En el diario "El Tiempo", de Carlos Pumar, que reanuda su publicación, figura en 1909 como Jefe de Redacción y Editoralista el Dr. Cristóbal L. Mendoza, y también es un asiduo colaborador de "El Cojo Ilustrado".

Los editoriales del joven abogado tienen médula y consistencia doctrinaria, que se orientan a una verdadera campaña de formación ciudadana. Se alza sobre las cosas transitorias y los hechos intrascendentes, para propugnar la creación de una conciencia social en los venezolanos. Valgan sus propias palabras para hacer bueno el aserto: "Se habla de reformas en todos los órdenes y en todas las leyes —escribía Mendoza— y se proponen bases más o menos especulativas, principios más o menos abstractos, sin que nadie vuelva su vista a nuestra composición social, es decir, a nuestro modo de ser, al coeficiente de nuestra cultura, al producto natural de nuestras actividades. . . La perpetua utopía es la que nos ha esclavizado. . . Absorbidos en las especulaciones filosóficas y en las abstracciones metafísicas, nos entregamos a todas las utopías sin pararnos a observar nuestro medio, a estudiar la materia prima de que estamos compuestos y el producto que ésta da, para sacarle el mayor provecho posible. No utilizamos las fuerzas de que podemos disponer, no las organizamos y los Gobiernos nos conceden todo y aún más de lo que pedimos, para no darnos nada en la práctica, pues observamos que ellos son omnímodos y que no tienen control, puesto que no presentamos resistencia de ninguna clase a sus abusos y que no poseemos una sanción eficaz para poner coto a sus irrupciones".

En otro editorial asienta Mendoza: "la libertad de prensa ha llegado a parecer en los últimos años una fantasía de la imaginación y cuyo uso, siquiera sea mo-

---

21 Datos sobre Caracas, obtenidos en Landaeta Rosales, Arístides Rojas, Enrique Bernardo Núñez, Rafael Ramón Castellanos, etc., y Periódicos y Revistas de la época. Planos de Caracas: Fernando Pumar 1884 y Pedro Pablo Díaz 1890.

22 RAMÓN J. VELÁSQUEZ. Introducción a "Prólogos a los Escritos del Libertador", de Cristóbal L. Mendoza. Caracas 1977. Pág. XIII.

derado, es motivo suficiente para que se vea en quien la ejerce un enemigo de la situación. Es una idea grosera suponer que el modo de cimentar la autoridad del Gobierno sea privar por la fuerza a la ciudadanía de las prerrogativas de que ésta se siente en posesión, no porque las garantice la Constitución Nacional, sino porque así lo dice la naturaleza".<sup>23</sup>

En sus distintos Editoriales, Mendoza trata de tópicos de la mayor importancia. La carencia en el pueblo venezolano de una "conciencia social compacta y uniforme que se imponga al Gobernante". La falta de una fisonomía cultural en el país. El olvido que mostraba el venezolano, incluso en sus clases rectoras, de las raíces históricas del país que le permitirían conocer y defender los elementos que forman la trama y dan la explicación al ser nacional. La amenaza imperialista que se cernía sobre el país, con la agresiva diplomacia extranjera. La situación económica, el crédito público, la independencia del poder judicial, y varios otros temas de candente actualidad. En el terreno político atacaba directamente a las "camarillas liberales", que trataban de cercar al Jefe del Ejecutivo. Aquella altura de conceptos, aquella palabra mesurada y orientadora, provenía de un joven abogado, que apenas frisaba en los 23 años. El hacer periodismo en esa forma era llevar muy adentro el amor a la verdad y a la libertad, para sembrarlo en los demás.

Las campañas periodísticas de Mendoza, le atrajeron irremediamente la enemistad del Gobierno; que ordenó su prisión en La Rotunda. La cárcel sirve para aherrar los cuerpos pero no las ideas ni el espíritu, que continúa siendo soberanamente libre. Mendoza no claudica pero se vio obligado a pasar a la oposición del silencio. Con certero juicio el Dr. Ramón J. Velásquez anotaba sobre esta actitud digna de muchos venezolanos: "Al hacer el recuento de quienes crearon el clima que facilitó el advenimiento de la Venezuela democrática, hacemos énfasis en la oposición política y hemos sido injustos con las generaciones de profesionales y de hombres de trabajo que durante veintisiete años afrontaron en las ciudades y pueblos de Venezuela esa larga prueba. La suma de esas actividades constituía la oposición del silencio, educación y ejemplo para una comunidad carente de oportunidades para ejercer sus derechos".<sup>24</sup>

### *La actuación de jurista*

A su salida de la prisión Mendoza viaja a Europa y a su regreso dicta Cátedras por algún tiempo en la Universidad, y luego en la Escuela de Artes y Oficios. Ejerce la profesión con absoluta dedicación. Es un estudioso constante de la Ciencia del Derecho. Metódico, analítico, razonador sagaz, adquiere una bien ganada reputación de jurista. Es esta una faceta de su personalidad a la cual no se le ha dado el relieve merecido, quizás porque queda disfumada tras su labor de historiador. Es nombrado miembro de las Comisiones Codificadoras, primero en 1912 y luego en 1930, donde alterna con juristas de la más renombrada valía. El resultado de esas labores codificadoras, realizadas con tan esmerada dedicación por aquellos eminen-

23 DR. CARLOS FELICE CARDOT. A manera de Prólogo. En "Páginas de Devoción Bolivariana" del Dr. Cristóbal L. Mendoza. Caracas 1973. Pág. XIV.

24 Citados por Ramón J. Velásquez. Trabajo citado.

tes letrados, constituye un valioso aporte a nuestra ciencia jurídica y son parte de la historia del Derecho en Venezuela.

Por su destacada actuación de jurista, al establecerse en 1915 la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, fue escogido como uno de sus miembros fundadores. En 1937, en momentos difíciles para la economía del país que se debatía en la transición de la Dictadura a un sistema democrático, fue designado Ministro de Hacienda. Ejerció el cargo con absoluta corrección, honestidad y dedicación al servicio. Eran muchos los problemas que agobiaban la economía nacional y en su gestión ministerial trata de solucionar los que estaban a su alcance. Pero no se contenta con ello y representa al Poder Legislativo las causas que en su concepto motivaban esa situación de atraso del país, y los remedios para su transformación social y económica. Era la aplicación de su antigua y reiterada tesis: Carencia de educación y formación de una conciencia social de los venezolanos. Fue breve su paso por el Ministerio, en donde a más de los difíciles problemas económicos, le tocó enfrentar situaciones delicadas. En una de ellas dio una demostración de la firmeza e integridad de su carácter, al oponerse a una decisión de la Corte Federal y de Casación que ordenaba remunerar a un denunciante de bienes ocultos, por considerarla injusta y lesiva a la Nación. En medio de ardorosos debates políticos el Congreso apoyó la tesis del Poder Judicial, pero el doctor Mendoza no estaba ya en el Gabinete para cumplir esa decisión.

Completó su larga dedicación profesional, el desempeño de la Consultoría Jurídica del Banco Central de Venezuela. Desde la instalación del Instituto, en 1940, ejerció ese cargo hasta ser jubilado por sus largos y meritorios años de servicio. Fuera de su breve paréntesis Ministerial, el doctor Mendoza estuvo siempre dedicado al ejercicio del Derecho, lo cual conformó la estructura fundamental de su personalidad.

### *La valiosa labor historiográfica*

Muy cerca a lo jurídico, y a veces disputándole el puesto y el tiempo, la faceta de la historia avasalló su espíritu y le dio sello definitivo a su obra. Quien conozca la dedicación angustiosa y fatigante que representa el ejercicio de la abogacía, debe admirar el haber encontrado tiempo el doctor Mendoza, o mejor el haberlo sacrificado, para dedicarse a la agotadora tarea de la investigación historiográfica y a la noble y ardua disciplina de escritor. Pero la admirable metodización de su espíritu le permitió la realización de una admirable labor cultural, a pesar del agobio de sus muchas responsabilidades profesionales.

Desde las mismas raíces del abogacío le venía rondando la afición a la historia, no como expresión hierática de un pasado, sino como expresión viva y actuante de una realidad siempre presente. Esta historia así sentida y pensada, llegó a hacerse pasión en su espíritu y se tradujo en la vida fértil de su obra escrita.

Más de trescientas fichas bibliográficas dan testimonio de su extraordinario aporte a la cultura histórica del país. La fría objetividad de las cifras no dan idea exacta de la ingente y valiosa labor histórica cumplida por el doctor Mendoza. Ella abarcó temas y personajes de lo más variado, pero girando siempre alrededor de la época emancipadora. Y tratado todo con tal profundidad y erudición, que indujo

al Académico Felice Cardot a calificarlo: “de uno de los mejores intérpretes del período de la emancipación política del Continente”.

Esa producción intelectual, a más de su abundancia y lo depurado del estilo, es de muy alta calidad historiográfica. En ella se conjugaron el análisis objetivo y la profundidad y densidad de conceptos, basados en la más rigurosa investigación y el atinado manejo documental, que lo hacía apegarse a la veracidad como un dogma. Por encima de todo se advierte la búsqueda de un enfoque sociológico de los hechos pasados, para encontrar y explicar el alma nacional en la realidad de nuestro devenir. La historia se convierte así en un modo no sólo de explicar el presente, sino de encontrar correctivos para construir el futuro. Así afirmaba el doctor Mendoza, con serena maestría: “la historia no se estanca, aun cuando en sus páginas brillen verdades eternas y principios inconclusos sobre los cuales descansan los progresos de la civilización. Está en la naturaleza de las cosas el perenne rebullir de las ideas y es inherente a la humana condición el afán de investigar incesantemente las tendencias y los móviles de las alteraciones que sacuden la vida universal. . . Por sobre los sucesos en sí, aparte de sus peripecias externa y motivos aparentes, ha cobrado predominio el examen de la evolución del pensamiento y de las transformaciones producidas en el senos de los pueblos por la influencia de factores, muchas veces impalpables, que originan sus reacciones y les imprimen peculiares características. Por medio del análisis filosófico se procura ahora la interpretación de los fenómenos”.<sup>25</sup>

Es una temática constante, que como un leit motiv aflora en sus escritos: La enseñanza y el conocimiento cabal de nuestra historia y en especial de los grandes varones de la nacionalidad, son esenciales para crear y fortalecer una conciencia de patria en todos los venezolanos. Esta formación de la conciencia social es impretermitible para no perder la propia identidad nacional, avasallada por tantas corrientes adulteradoras. Pues la Patria no está sólo en el pasado o en el presente, sino también en el futuro.

En definitiva, la lealtad con el suelo natal conlleva a la solidaridad con los hombres que han conformado y moldeado el alma de la Nación, de la cual Bolívar es el símbolo, no estereotipado sino vivo y actuante. Por ello la obra de Mendoza, al decir de Grases, es “una suerte de breviario o teoría de la nacionalidad venezolana, y aun de la conciencia histórica hispanoamericana”.<sup>26</sup>

### *La dimensión exacta de la obra de Bolívar*

Buena parte de su producción historiográfica está dedicada a la obra bolivariana y esto animó como una constante a sus escritos. No se queda en los relatos de épicas batallas ni fanfarrias triunfalistas, su visión de la obra de Bolívar fue más profunda y estaba basada en la necesidad acuciante de demostrar la vigencia de su pensamiento. Se empeñó, con todo éxito, en darle dimensión exacta a la doctrina de Bolívar, en relieves la proyección actual de sus ideas, en exaltar, en suma, una verdadera filosofía bolivariana. Y ello, no para un conocimiento mitificador e ideal

<sup>25</sup> RAMÓN J. VELASQUEZ. Obra citada. Pág. XXIII.

<sup>26</sup> DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Discurso en el Sesquicentenario del 19 de abril de 1810. Temas de Historia Americana Caracas 1963. Págs. 215 y 218.

de la figura del Héroe, sino como fuente permanente donde abreviar la sed de nuestras generaciones.

Con reiteración angustiosa vuelve una y otra vez sobre esa gran lección de ejemplos e ideas que nos entregan los grandes varones de la nacionalidad, Bolívar el primero, como una urgente pedagogía cohesionadora. Sus análisis no se detienen en las fronteras nacionales, sino que emprende vuelo hacia una visión de conjunto de toda Hispanoamérica, en donde Bolívar es inspiración y guía, para tratar de definir un destino en el concierto de las demás naciones.

La obra bolivariana del doctor Mendoza, dispersa en muchos escritos, ensayos, informes y discursos, exhibe siempre una unidad temática, donde confluyen el fondo y la forma en un todo armonioso. Al decir de su propio autor, esa diversidad de producciones, separadas a veces por el tiempo, se encontraban inspiradas por “una continuidad ideológica, una ilación de conceptos”. “En la ausencia del tema específico único, estas páginas, añadía Mendoza, están animadas por la analogía histórica de su contenido que sirve de nervio al conjunto”.

Analizando su propia obra, el doctor Mendoza continuaba afirmando: que “hay unidad bajo su diversidad de aspectos formales, como exposición de una temática que inspira uniformemente esos textos separados, en cuanto a sus motivos, . . . distanciados por los años, pero concebidos todos con la constante de una fe acerca de los principios políticos y sociales que estructuran la vida de América, y al calor de la convicción sobre la necesidad de mantener las tradiciones de los forjadores de las nacionalidades hispanoamericanas”.<sup>27</sup>

### *Las causas definidoras de una pasión*

Son muchas las causas que hicieron confluír al doctor Mendoza en lo que él tituló “devoción bolivariana”, y que se podría calificar mejor de pasión. Pasión profunda sí, pero sin arranques violentos ni desplantes de oropel. Afección irresistible, constante y tenaz, que influye y determina toda su potencia creadora hacia su principal objetivo.

La primera de esas causas fue la preclara tradición familiar, su fidelidad al abolengo. Un Mendoza y Cristóbal por añadidura, a fuer de leal a su nombre, tenía que ser paradigma de venezolano y bolivariano de corazón. Desde el ya lejano bisabuelo de nombre homónimo, no puede desprenderse en la memoria familiar la devota lealtad al nombre de Bolívar, sin ennegrecer blasones y arrancar pedazos de piel y sangre a la propia historia.

Hace cincuenta años, en la contestación al discurso recipiendario del nuevo académico, ya subrayaba Monseñor Navarro esa tradición familiar del doctor Mendoza: “de abolengo le viene el culto del Libertador, decía el Prelado Académico, y en el seno de su ilustre hogar supo aprender el aprecio por la sublime excelencia del Padre de la Patria . . . Nuestro nuevo colega, pues, acaudalado ya con ese haber patrimonial, ha sabido acrecerlo con la labor de su estudio, y la acucia de su investigación, y la luz de su talento”.<sup>28</sup>

27 PEDRO GRASES. Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. N° 75. Pág. 435.

28 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Temas de Historia Americana. Caracas 1963. Pág. 7.

Otra de las causas que influyeron en la historiografía bolivariana del doctor Mendoza, fue el ejemplo y la consecuente amistad del doctor Vicente Lecuna. Hace veinte años, en su elevado elogio al doctor Vicente Lecuna, ese admirable apóstol bolivariano, el doctor Mendoza junto a muchos otros atinados conceptos, trazaba sin darse cuenta algunos propios rasgos autobiográficos. Decía el doctor Mendoza en esa ocasión: "Ha sido en el doctor Lecuna en quien se reunió ese admirable conjunto de circunstancias que transforman a un hombre en un apóstol: el férvido amor por la verdad, las agudas dotes de investigador, las facultades excepcionales de observador objetivo y sagaz, los hábitos de retraimiento y sencillez, la aptitud para la concentración mental, la admiración por las virtudes de los grandes y en escala aún mayor, naturaleza vehemente y carácter íntegro para sentir en toda su intensidad la atracción de una vida superior. . . Se consagró a Bolívar, no para hacer obra de deificación ni para transformar a un ser humano en personaje de Olimpo, sino con el fin de fijar en el cuadro de la historia sus dimensiones auténticas".<sup>29</sup> Y ello, agregaba, "con rigurosa sujeción a los métodos históricos positivistas, a la más intransigente objetividad". Sin emitir "nunca hipótesis alguna que no tuviese el respaldo de hechos comprobados". "Siempre dominado por una incansable ansia de verdad y de luz".<sup>30</sup>

En varias de esas apreciaciones anteriores podríamos encontrar una marcada similitud en la forma como llegó a sentir, pensar y actuar su pasión bolivariana el doctor Mendoza. No tratamos de hacer parangones, absolutamente fuera de lugar, entre los dos grandes bolivarianos. Cada uno tiene su estilo peculiar, su personal enfoque, sus características intrínsecas que los distinguen. A Lecuna le cabe la gloria de haber sido el más ferviente y abnegado apóstol bolivariano de los últimos tiempos. Mendoza le sigue los pasos y con diferente dimensión continúa la admirable obra de exaltar la ideología bolivariana. Usando de un símil podría decirse, que en Lecuna estuvo la función del Evangelista y en Mendoza brilló el apostolado Paulino de las Epístolas doctrinarias. Con Lecuna se recoge la dispersa obra del Libertador en un cuerpo orgánico y se centra su figura de hombre y militar dentro de una exacta verdad histórica documental. Se sientan las bases para sistematizar el estudio del Libertador. Con Mendoza se profundiza en la doctrina bolivariana y se le da vigencia a sus postulados. Con todo, a ambos hombres los reúne por el corazón su idéntica pasión por Bolívar.

La tercera causa definidora de la devoción bolivariana del doctor Mendoza, es la atracción irresistible del mismo Libertador: su proyección universal, sus principios siempre actuales, su doctrina de vigencia perenne, su abnegación y desinterés, su heroísmo, su condición de hombre superior, su vida rica en emociones que revisitó los caracteres de un drama superior. Todo eso y mucho más surge de la vida admirable de don Simón de América y aprehende voluntades y corazones.

Así lo sintió el doctor Mendoza y al profundizar en su vida lo absorbió la devoción apasionada. Como él mismo decía: "hay en la devoción al Libertador un sentimiento que no es la sola admiración por sus proezas militares, ni el simple tributo a sus fecundos esfuerzos legislativos, ni el mero aplauso de sus méritos li-

29 Discurso de Contestación de Monseñor Nicolás E. Navarro. Academia Nacional de la Historia. Discursos de Incorporación. Tomo II. Caracas 1966. Pág. 223.

30 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Temas de Historia Americana. Caracas 1963. Pág. 189.

terarios, ni siquiera la acendrada gratitud por su empeño libertador. . . No es, pues, en el brillo de su acero afortunado, ni en la perfección de su obra de estadista, ni siquiera en la aureola de su figura de incansable y permanente Libertador, donde arraiga ese imperio que él ejerce sobre las conciencias con caracteres de creciente apoteosis. ¿Dónde buscarlo, entonces, sino en aquel purísimo elemento espiritual que fulgura al través de toda su obra de un modo tan arrebatado y constante, en un plano tan elevado y ardiente, como no hay ningún otro ejemplo en la Historia?<sup>31</sup>

*La detracción bolivariana es un pecado de Patria*

Al juzgar de la obra bolivariana del doctor Mendoza, cabe aclarar de una vez, que su devoción al héroe no fue nunca admiración ciega por el hombre y sus acciones. La dimensión humana de Bolívar no distorsiona, antes realza su condición de hombre superior. Con rigor e imparcialidad, Mendoza se dedicó a examinar los hechos, a cotejar datos, a desbrozar hojarascas y deformaciones, a penetrar motivaciones, hasta aprehender la dimensión creadora del Libertador. Con maestría serena destaca entonces, la vigencia perenne del pensamiento bolivariano que entrega su lección más allá de las categorías espacio-temporales. Esa realidad de la obra Mendocina, al decir de un comentarista, le presta al Libertador “una estatura que nadie podía objetar, ni agrandar, a menos que se exponga a ser rebatido por la letra documental, o caiga en el vacío por versiones extrañas a la ciencia histórica”.<sup>32</sup>

Pero esa objetiva imparcialidad del doctor Mendoza tampoco admitía que, bajo ningún pretexto y falseando la verdad, se intentase desvirtuar, minimizar, o lo que aun es peor vituperar del nombre y la obra de Simón Bolívar. La detracción bolivariana es un pecado que subleva, no sólo la devoción al héroe, sino la propia conciencia de Patria. Están tan entrañablemente unidos que lo que se difama del Padre lesiona a la hija. Y ante la ofensa saltaba entonces el paladín, pluma en mano y palabras duras en las voces —espada y lanza del espíritu—, y en la palestra defendía con gallardía el vilipendiado honor. Con altura, con serenidad de espíritu, sin desplantes, pero con firmeza y rectitud restablecía los fueros de la verdad. Sirva de ejemplo su refutación a la errada interpretación bolivariana de Salvador de Madariaga. O los Informes sobre las Cartas Apócrifas de Colombres Mármol y Lafond. Su crítica es pulverizante, demoledora, pero basada en la fría objetividad de los hechos que maneja en un estilo casi procesal.

Después de aquellos años de negación y olvido del Libertador que ensombrecieron la etapa inicial de la República independiente, advino una conciencia reparadora del gran pecado de ingratitud venezolana. Con Guzmán y el Centenario, se oficializa el culto mítico al Héroe y se acentúa su endiosamiento. En el siglo pasado lo romántico le presta adecuado marco al panegírico lírico y al desbordante ditirambo. En nuestro tiempo, nuevas corrientes históricas más realísticas, han librado al Libertador de esos oropeles y falsos adornos que nunca necesitara para la excelsitud de su figura. No es que se le haya arrojado del pedestal, sino que el símbolo se ha puesto a caminar entre los demás hombres, para que aprendan su gran lección. Pero ahora, con inconfesados propósitos iconoclastas se quiere imponer

31 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Obra citada. Pág. 190.

32 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Temas de Historia Americana. Pág. 113.

la moda, triste y aberrante corriente, de querer ignorar al Libertador. So pretexto de triunfalismos se intenta desterrar al Libertador del símbolo, como se quiere silenciarlo en la palabra, o arrancarlo en el corazón venezolano. La conspiración de negaciones o de vituperios disfrazada de críticas, trata de desnudarlo de su condición de hombre superior, de genio y de héroe, no de semidios, para convertirlo en una triste caricatura de militar afortunado o prototipo de clase explotadora.

Contra estos modernos detractores, que quieren proscribir al Libertador de la memoria de los hombres de esta tierra, el doctor Mendoza insurgía con sus valientes requisitorias. "Entre nosotros, decía el doctor Mendoza, la tentativa tiene un objeto específico: destruir el programa del movimiento emancipador, desacreditarlo como producto inadecuado a las aspiraciones del mundo moderno o, al menos, considerarlo como instrumento transitorio para obtener la independencia, pero ya obsoleto ante lo que se llama las "nuevas corrientes", basadas en la negación de las prerrogativas del individuo y en su ciega sumisión del Estado omnipotente. Y tiene, además, un blanco determinado: la persona del Libertador, cuyo prestigio de creador de nacionalidades inspiradas en preceptos de justicia y libertad se quiere aniquilar para extinguir en la mente del pueblo venezolano la fidelidad a sus prédicas".<sup>33</sup>

Y más luego expresaba que nuestro culto al Libertador, al cual no debe llamársele sagrado ni atribuírsele naturaleza sobrenatural, es de vital trascendencia para consolidar nuestra fisonomía nacional y darle incommovible estabilidad a nuestras instituciones democráticas. "No es estéril oblación a su persona, escribía Mendoza, ni vano orgullo de la ascendencia ilustre, ni parálisis de la voluntad resignada a conformarse con las glorias pretéritas, sino elemento vivo y actual que busca en las ideas de la Revolución y en la actuación de sus autores la razón de ser de nuestra vida independiente y los caminos más aptos para asegurarla. Al defender el ideario del movimiento emancipador y glorificar la memoria de sus Próceres, se cumple con la altísima función de dar arraigo y consistencia a las bases de la nacionalidad, se llena el deber de contribuir a la consolidación de la conciencia colectiva mediante la divulgación del patrimonio doctrinal que sirve de fundamento a nuestra soberanía".<sup>34</sup>

### *Luminoso ejemplo para la juventud*

Es imposible en el limitado marco de un Discurso hacer, no ya el comentario de las producciones del doctor Mendoza, sino aun siquiera su simple enumeración. Apenas nos permitimos espigar en su frondosa cosecha para destacar simplemente, sin entrar a hacer exégesis, a cuatro de sus obras fundamentales: "Primeras Misiones Diplomáticas de Venezuela", "Temas de Historia Americana", "Páginas de Devoción Bolivariana" y "Prólogos a los Escritos del Libertador".<sup>35</sup> Estas dos últimas con los brillantes y exhaustivos ensayos introductorios de los Académicos Dr. Carlos Felice Cardot y Ramón J Velásquez.

33 SANTOS RODULFO CORTÉS. Presentación a la Bibliografía del Dr. Cristóbal L. Mendoza. Caracas 1973. Pág. 13.

34 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Páginas de Devoción Bolivariana. Caracas 1973. Pág. 330.

35 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Páginas de Devoción Bolivariana. Caracas 1973. Pág. 332.



Sin que ello implique demérito alguno al resto de su obra escrita, toda de una brillante factura y depurado estilo, de lo más relevante de su copiosa producción intelectual son, quizás, sus “Prólogos a los Escritos del Libertador”. Es su obra más densa, de mayor alcance y profundización, dedicada en forma orgánica a destacar la vida del Libertador en su dimensión ideológica. Son verdaderos Ensayos, introductorios a los volúmenes publicados en la edición crítica de los Escritos del Libertador, que con tanta fe y devoción adelanta la Comisión Editora de esos Escritos, bajo los auspicios de la Sociedad Bolivariana. Esos ensayos, reunidos en un haz conceptual, a más de sus atinados comentarios del acervo documental bolivariano, constituyen enfoques globales y exhaustivos de la doctrina, la filosofía, y el pensamiento del Libertador.

Como acotación al margen, que honra y enaltece más aún al que fuera su autor, vale la pena señalar que ese ingente trabajo, fruto de una esforzada actividad, fue iniciado cuando ya el doctor Mendoza frisaba en la cercanía de los ochenta años de edad. Luminoso ejemplo para la juventud.

Más aún, ya con noventa y un años a cuestas y en el umbral definitivo de la partida final, apenas a pocos días de su muerte, nos entregó su última y admirable obra “Las Relaciones entre Bolívar y Miranda”. El ex-libris está fechado en febrero de este año, en el mismo mes de su deceso, y circuló apresuradamente en la última sesión académica a la cual asistiera. Y todavía más, según su propia afirmación en el Prefacio de la dicha obra, laboraba en dos Ensayos similares sobre las Relaciones del Libertador con Santander y con San Martín. No podía pedirse mayor entrega y dedicación.

Con renovada frescura de estilo, altura de conceptos y exhaustivos juicios valorativos, nos reúne en su magistral ensayo, la ilación del pensamiento entre el Precursor Mirandino y el Libertador. “Aun cuando separados en el tiempo y el espacio —escribía Mendoza en el Epílogo de su obra—, y reunidos tan sólo por un contacto transitorio, esas vidas, ligadas por idéntico ideal y atraídas por fuerza avasalladora por la misma grandiosa perspectiva, parecían llamadas a eternizar ese contacto cristalizando en un esfuerzo común el objetivo de sus sueños”.<sup>36</sup>

Sereno en su actitud, firme en su posición, hasta lo último mantiene su lanza en ristre, para acometer a los follones y falsificadores de la historia. Sobre todo contra aquellos que, movidos por turbias motivaciones, tratan en forma solapada de deformar la historia, para menoscabar la figura del Libertador y exaltar en imposible supremacía a Santander o San Martín. Así les dice en agudas y certeras frases: “Los hispanoamericanos hemos creído que se puede ser historiador, lo mismo que poeta barato, sin ninguna preceptiva. De aquí que exista una elevada proporción de escritos en los cuales brilla por su ausencia la lógica más elemental. No hemos sido dados tampoco al penoso estudio de los documentos y a la investigación paciente y concienzuda. Nos complace atenernos más a la imaginación que al conocimiento y preferimos dar rienda suelta a la primera a encanecer en el filosófico análisis de los situaciones históricas... Influyen también notablemente los crecientes nacionalismos de algunas de nuestras jóvenes Repúblicas. Cada una de estas quiere tener su Olimpo propio, de pura cepa autóctona. Y a su creación se

---

<sup>36</sup> DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. *Las Relaciones entre Bolívar y Miranda*. Caracas 1978. Pág. 185.

dedican los autores regionales, prescindiendo en ocasiones de toda consideración científica y aun moral, llegando a veces a extremos, como el del empleo de documentos manifiestamente apócrifos, que comprometen la seriedad nacional. A esta situación se agregan, dentro de algunos países americanos, las pasiones partidistas, en las cuales se envuelve a los Padres de la Patria con grave menocabo del prestigio de Clio".<sup>37</sup>

Estaríamos equivocados al juzgar la obra del doctor Mendoza, sólo por sus realizaciones escritas, ya de por sí bastante numerosas. Hay la otra cara, poco destacada pero no menos importante, de su trabajo intelectual e histórico. Nos referimos a su labor en las Sociedades, Instituciones, Asambleas, Congresos donde brindó con generosidad su palabra orientadora, su consejo, su ejemplo, su dedicación. Tal fue el caso de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, en donde por más de quince años cumplió una verdadera función de apostolado bolivariano al frente de sus destinos.

### *Alta torre de granito avileño*

El doctor Cristóbal L. Mendoza fue un hombre maduro desde joven, que siguió lleno de juventud espiritual en sus años maduros. Idénticamente fiel a sí mismo durante su vida, después de su muerte continúa siendo alta torre de granito avileño. Como la roca, firme, como la torre, enhiesto, como el Avila, señor de nubes y cielos. Su personalidad, su obra, y sus ejecutorias, son modelo y lección de excelencia para todos los venezolanos. Por eso nos inclinamos reverentes ante todos los atributos que constituyeron en armónica conjunción su admirable personalidad, ante su saber y su talento, su prudente habilidad, su equilibrio espiritual, su conducta austera y ejemplar, su carácter, sus convicciones firmes, su don de señorío y nobleza, y su pasión bolivariana, por citar algunas cuantas de las excelentes facetas de su espíritu.

Así como ayer su vida ejemplar fue espejo en donde mirar la dignidad y el señorío de esta Institución; así hoy, ya no desde el Sillón Letra "Q", sino desde la callada inmovilidad del lienzo, nos entregará en sus palabras de silencio, la noble enseñanza de su claro ejemplo. Así por siempre será bendita a luz perenne de su memoria, en la memoria viva de los hombres de esta tierra. Como dijera un poeta: "bienaventurados los que como tú saben prolongarse en el tiempo, multiplicar la gracia feraz de su semilla, porque de ellos serán los campos de los cielos".

El doctor Mendoza añadió blasones a la limpia hoja de la tradición familiar. Dio lustre a la Academia Nacional de la Historia y a otras ilustres Corporaciones que se enorgullecen de haberlo tenido en su seno. Y entregó laureles para exornar la frente de Venezuela, que lo cuenta entre uno de sus más preclaros hijos. En suma, cumplió una función activa de Patria.

Como el mejor homenaje a la memoria venerable del doctor Mendoza, podemos colocar aquí las mismas palabras que el Libertador agradecido escribiera a su bisabuelo el primer Cristóbal: "Un sabio no muere nunca, pues no hace otra cosa que cambiar de carrera". Y nos atreveríamos a añadir: Ahora se ha mudado a Maestro de Generaciones, como este doctor Cristóbal L. Mendoza Aguerrevere, ante cuya esfigie nos inclinamos reverentes.

---

37 DR. CRISTÓBAL L. MENDOZA. Obra citada. Pág. 15.